

.....
Geminello Preterossi. Cattedratico de Filosofia del Derecho en el Dipartimento di Scienze Giuridiche de la Università di Salerno. Coordinador del doctorado en Ciencias Jurídicas y director del Istituto Italiano di Studi Filosofici- Napoli. Es autor de *Carl Schmitt e la tradizione moderna* (Laterza, 1996); *Autorità* (Il Mulino, 2002; traducido al español en 2003, Nueva Vision); *L'Occidente contro se stesso* (Laterza, 2004); *La politica negata* (Laterza, 2011), *Ciò che resta della democrazia* (Laterza, 2015).

Contacto: preterossi@libero.it
.....

LUCHA DE CLASE Y LUCHA DE PUEBLO

Geminello Preterossi

Università degli Studi di Salerno

CLASS STRUGGLE AND PEOPLE STRUGGLE

*«La coscienza di classe non basta, se non è integrata
dalla “conoscenza di classe”»
Pier Paolo Pasolini, Scritti corsari*

Ya no es tiempo de lucha de clase: esta fue una de las premisas del discurso público neoliberal, hegemónico tras la caída del Muro de Berlín. ¿Es realmente así? Si echamos un vistazo a las últimas décadas –sobre todo a la respuesta del *establishment* político-financiero a la crisis derivada del derrumbe de Lehman Brothers– no solo la lucha de clase sigue, sino que también ha inspirado todas las elecciones fundamentales adoptadas por las llamadas “instituciones de la globalización” (FMI, OMC, Banco Mundial) y por la Unión Europea: primacía absoluta e indiscutible de los intereses de los grandes acreedores, a tutelar a toda costa, indiferencia frente al desempleo y a la pobreza, terribles recortes al Estado social y, por ende, a los derechos que este hace efectivos. Es una mezcla de cinismo y ceguera impresionante, de todos modos, funcional a la protección de los intereses (de clase) de las élites globalistas y del mundo financiero (en mucha parte responsables de la crisis), sin ningún compromiso, sin aceptar ningún correctivo. Quizás lo central sea precisamente esto, y tiene un carácter marcadamente ideológico: la crisis no debía abrir ninguna brecha en el Moloch neoliberal, el fideísmo de mercado no se

debía poner en tela de juicio de ninguna manera, incluso frente a los patentes fracasos y a los costes de las recetas propinadas. Es una aproximación similar a la de la Inquisición hacia Galilei. Es más, a una determinada altura, la crisis fue empleada como un ulterior ajuste de cuentas para derribar definitivamente los últimos instrumentos del Welfare, echándoles a los Estados “endeudados” el muerto y las responsabilidades de una crisis derivada fundamentalmente del sector privado y de la deuda de los particulares¹. En Europa, el trato destinado a Grecia, el uso del *spread* como nueva forma de estrategia de la tensión, la absurda austeridad procíclica en tiempos de drástica disminución de la demanda interna no solo no han estimulado la economía –alimentando una fuerte recesión como la del periodo entre las dos guerras mundiales– sino que han generado costes sociales insostenibles que han repercutido en la representación. Además de no solucionar las contradicciones estructurales, el salvamento (momentáneo y más aparente que real) de la zona euro ha implicado la crisis de los sistemas políticos de la mayoría de los países europeos. Ni siquiera este resultado ha parado a los sacerdotes tecnócratas del TINA (*There Is No Alternative*), lejanos del circuito “nacional” legitimación-responsabilidad, y evidentemente indiferentes a la regeneración de las presuposiciones que sostienen a las democracias.

Por lo demás, el dispositivo de la denegación ideológica ha acompañado desde el principio el éxito de la ofensiva neoliberalista, dirigida a devaluar el trabajo y a sacar sistemáticamente la plusvalía, sin frenos políticos ni balances redistributivos. El plan simbólico ha sido útil para eliminar o, de todas formas, volver opaco aquello de los intereses “de clase” (neutralizando también su léxico), para acreditar la ideología del agotamiento del conflicto, intentando naturalizar el mercado y la competición como forma de vida no partisana, sino universal. Por esto, desde un punto de vista analítico, cabe evitar separar plan simbólico y plan de los procesos materiales, porque esta distinción corre el riesgo de devolvernos una comprensión demediada y, por ende, desarmada de la nueva realidad política conocida.

Desde un punto de vista objetivo, de los intereses en marcha y de las contradicciones sociales, existirían las razones de la lucha de clase y de la misma distinción derecha-izquierda en sentido económico. Sin embargo, la representación de un contexto similar y de la nueva cuestión social generada por la crisis y la austeridad es totalmente diferente: el léxico de la izquierda ya no parece capaz de comprender y expresar esta realidad, ni tampoco de dirigirla hacia un conflicto organizado; de hecho, por lo gene-

1. Cfr. Gallino (2013), Stiglitz (2016), V. Giacchè (2015), Bagnai (2012), Cesaratto (2016), Brancaccio (2017), Fazi & Mitchell (2018).

ral aparece comprometida con las causas de la inferiorización social, del trabajo pobre y del desempleo, inscritas en la globalización. Fuera de unas excepciones, caracterizadas por cierto grado de “populismo de izquierda”: como en Estados Unidos la propuesta chocante de Sanders, o en Europa *Podemos* (cuyos éxitos anteriores indujeron el PSOE a rehabilitar algunos temas sociales), la *France Insoumise* de Melénchon, el *Labour* neo-gramsciano de Corbyn, el *Bloco de Esquerda* portugués, el movimiento *Aufstehen!* de Shara Wagenknecht y Oskar Lafontaine. Se trata de realidades políticas con un alcance político diferente, pero todas relevantes para la discontinuidad que representan, nacidas gracias al estímulo de las solicitudes populistas y frente a la crisis histórica de los democráticos estadounidenses y del socialismo europeo, provocada por las diferentes “terceras vías” y por la absurda idea de que el neoliberalismo sería de izquierda (mientras su objetivo, reconocido por algunos de sus mismos protagonistas, siempre ha sido el de dividir y derrotar una vez por todas el mundo laboral). No es casual que las pocas excepciones de socialdemocracias aún vitales y exitosas atañen a los países escandinavos (recientemente ha destacado el caso de Dinamarca, donde el tema de la reglamentación de la inmigración se ha considerado de manera política y no moralista, reconociendo sus complejas implicaciones sociales). Por lo general, se trata de fuerzas políticas que han seguido con un planteamiento social-keynesiano, también gracias a la elección de no acoger el euro (un factor decisivo y, por ende, por largo tiempo eliminado por considerarse tabú²). Así las cosas, mientras la derecha económica conoce muy bien los objetivos y las relaciones de fuerza, la izquierda *mainstream* y “lugar-comunista” la mayoría de las veces se halla en una radical crisis de credibilidad y en una evidente incapacidad de orientarse: aquella reformista está sometida a la derecha económica (escondiéndose detrás de una genérica retórica de la acogida que, en ausencia de políticas sociales, crea guetos y guerras entre pobres, y del reconocimiento de los derechos civiles como contrapartida de la demolición del Welfare); aquella “radical” y “altermundialista” cultiva ilusiones de palingénesis

2. Todavía en los años setenta y en los primeros de los ochenta, la Izquierda –también en Italia– se había enterado de que precisamente la defensa de los intereses de clase le imponía una posición muy crítica hacia el SME, al que el partido Comunista Italiano decidió oponerse ya a finales de 1978, con un discurso del entonces líder de la Cámara Napolitano, quien expuso de forma impecable las contradicciones estructurales y las consecuencias antisociales de un sistema rígido del cambio, así como lo habían impuesto los alemanes. Esas consideraciones son aún más valederas para una moneda como el euro, sin Estado ni vínculos de solidaridad interna (condivisión de los riesgos y transferencias internas son indispensables en áreas monetarias no óptimas, si se quiere coincidir y no divergir, evitando las devaluaciones internas (es decir, la deflación salarial)). Es una moneda nada neutra, sino acuñada sobre la base de los dogmas del ordoliberalismo (control de los precios, tasa de desempleo “natural”, economía impulsada por las exportaciones y no por la demanda interna, neutralización del conflicto social, moderación salarial). Aquellas previsiones negativas de la gerencia comunista italiana han sido confirmadas por la crisis de la zona euro y por las muy graves secuelas sociales y políticas. La paradoja es que, mientras tanto, aquella misma clase gerente, pasada a un nuevo partido, ha protagonizado la mitización del euro y de su defensa a toda costa.

metapolítica, totalmente inefectuales y culturalmente sin anticuerpos respecto del globalismo hegemonizado por el neoliberalismo³.

El populismo teorizado por Laclau y el uso político que está haciendo de este, también en Europa, parece para muchos una manera de volver a organizar el conflicto y las subjetividades políticas en un contexto marcado por ese eclipse de la izquierda y por la emergencia de nuevas resistencias y cortes sociales (lugares contra flujos⁴, bajo contra alto, identidad contra homologación). Cabe preguntarse si la lucha de clase desde abajo hoy día está estructuralmente prohibida y sobre la base de cuáles premisas ideológicas puede ser eventualmente relanzada y, sobre todo, cómo se redefine aquel pasaje del *en sí* al *por sí* que siempre ha sido el factor determinante de la subjetivación del conflicto. ¿Es verdad que su determinación en clave posesencialista solo es posible en términos populistas? Nos hallamos ante una sustitución del paradigma del conflicto de clase con aquel populista (que, hoy día, expresa indudablemente una energía política, aunque ambivalente), ¿o bien solo ante un pasaje atinado? ¿El planteamiento laclausiano permite realmente una postura crítica y polémica, y no puramente retórico-lingüística, hacia el núcleo del dominio finazcapitalista y de los dispositivos que emplea? ¿Cómo es posible proporcionar una respuesta eficaz, no abstractamente normativa, al cambio de la lucha de clase en lucha de identidad, resultado del cortocircuito entre los efectos anómicos de la globalización y aquellos socialmente inferiorizantes del neoliberalismo?

Seguramente el populismo tiene muchos límites y ambigüedades. Al mismo tiempo, tiene el mérito de interpretar la lucha política actual, de volver a hacer hincapié en la soberanía democrática, de criticar totalmente la ideología pospolítica del globalismo, profundizando otra vez en el problema de los territorios y de los contextos concretos. La de los espacios políticos dentro de los cuales se coloca todo conflicto realista es una cuestión fundamental también en una óptica de relanzamiento de una perspectiva internacionalista que aspire a coordinar las luchas “locales”. Basta recordar que los derechos sociales nacen y se consolidan como derechos de ciudadanía, ineludiblemente enlazados con la política espacializada. Todos esos aspectos han sido falseados, subestimados y contrastados no solo por el neoliberalismo, sino también por el progresismo liberal y el antagonismo movimentista (en el caso de la derecha económica, con lucidez, al haber individualizado correctamente en la lucha por la democratización de los Estados, en el conflicto salarial y redistributivo y en el intervencionismo económico en vista del pleno empleo y de la lucha a las desigualdades el enemigo social a derrotar).

3. Cfr. Barba & Pivetti (2016), Michéa (2013).

4. Cfr. Formenti (2016).

Si es tan central –y lo es– la gran pregunta es: ¿por qué la lucha de clase no se realiza ni siquiera frente a la crisis económica? Para resolverlo, antes que todo cabe preguntarse cómo y porqué esta se manifiesta en otra forma, y cuánto depende de las implicaciones de la hegemonía neoliberalista y de su crisis. Quizás no se trate de la evaporación de la lucha de clase, sino de su redespazamiento. ¿Cómo puede considerarse? ¿Solo como señal de una preocupante deriva o también como oportunidad para superar la crisis? Creo que las contribuciones presentes en la revista representan una ayuda analítica muy útil, además de plural, para responder a estas preguntas.

Desde mi punto de vista, se trata de poner en tela de juicio una visión monolítica de la lucha de clase, vinculada a una dogmática marxista rígida, no para liquidar el tema sino –por el contrario– para hallar sus semillas incluso donde no parece manifestarse, por lo menos no según los esquemas habituales. Además, opino que la reivindicación de la lucha de clase en clave anti-populista, en el contexto cambiado por el *finanzcapitalismo* y prescindiendo de los instrumentos políticos e institucionales (y de la reconstrucción de sus premisas, derribadas en los “treinta años sin gloria”), corre el riesgo de convertirse en una huida hacia lo abstracto, un homenaje a un culto desudado. Una evocación puramente ritual, ceremonial, que rechace el ámbito espurio y complejo de los intereses y de los humores movilizados por el populismo, está destinada a desembocar como mucho en una compensación identitaria (en ausencia de ideologías vitales), más que en un relanzamiento político. Además, cabe considerar que, en general, el desplazamiento en clave moralista y testimonial de los temas políticos (y de clase) es precisamente uno de los dispositivos característicos de la ideología globalista, y prescinde de la autoconsciencia subjetiva y de las intenciones (piénsese en cómo se ha empleado de forma instrumental el tema –real, pero desestimado en clave antipolítica– de la corrupción y de la economía de relación).

Lo cierto es que la lucha de clase no se puede hacer al lado del frente anti-populista hegemonizado por las fuerzas del *establishment* neoliberal (que es derecha financiera y tecnocrática, incluso cuando se presenta como liberalprogresista). Hay que tener cuidado con el riesgo de una paradójica lucha de clase dirigida de hecho contra los derrotados de la globalización, los *underdogs*, los desempleados y los *poorworkers* de las sociedades occidentales (con la hipócrita justificación de salvar las liberaldemocracias). Sería una lucha de clase al revés, con peores consecuencias. Yo opino que, por el contrario, se trata de aceptar el campo de la molestia, también de la rabia social, para dirigirla pacientemente hacia el verdadero blanco, el *finanzcapitalismo* (y la Europa ordoliberal), y de intentar –partiendo de estas premisas claras, que destaquen al Estado constitucional

interventista, que se funda en la soberanía democrática y los derechos sociales– relanzar la solidaridad internacionalista (que, en la época del globalismo, ha tenido un nivel muy bajo), enlazando con modalidades no retórico-imaginarias, sino realistas y posibles, los intereses de los explotados e inferiorizados en las sociedades occidentales con aquellos del resto del mundo. Es una operación compleja, con vistas a la cual es necesario luchar por una nueva Bretton Woods inspirada en los principios de justicia social y ecológica, de cooperación lo más posible paritaria entre Estados soberanos, de reducción de los desequilibrios comerciales y financieros, de control y limitación del movimiento de los capitales, a partir de la pauta de la igual dignidad de los pueblos y de su derecho a la independencia.

Las causas estructurales del despiste actual –cabe remacharlo– residen en la gran crisis empezada en 2007, que ha revelado los efectos anómicos del neoliberalismo. Fue una crisis que estaba latente desde hace mucho tiempo, y se contenía por medio de “burbujas” (tal y como Wolfgang Streeck ha puesto de manifiesto en *Gekaufte Zeit*) (Streeck, 2013), pero inscrita en la lógica misma del neoliberalismo (que, para recuperar revanchistamente márgenes de beneficio sobre el salario, ha impuesto interinidad, desempleo y deflación salarial, en una especie de mundo al revés donde quien posee logra cada vez más y es celebrado, mientras a quien no posee se le excluye y estigmatiza). Lástima que esto –tal y como ha puesto de manifiesto David Harvey⁵– ha desmentido la promesa de bienestar del capitalismo, que ha tenido que volverse a convertir a la lógica punitiva de la deuda/culpa (*Schuld*), vertiendo la narración ideológica neoliberal en la autoempresarialidad y los “magníficos destinos progresivos” del mercado autoreglamentado. En resumen, el efecto de esta ideología pseudomeritocrática no ha sido nunca la promoción de la excelencia sino, por un lado, la polarización inigualitaria y la rejerarquización censitaria y, por el otro, conformismo y aplastamiento. De hecho, para que florezca la creatividad y se tutele una cualidad cultural difundida se necesita de condiciones institucionales y compromisos públicos, que la ideología economicista rechaza. Todo esto –empobrecimiento material y deriva ético-cultural– ha acabado debilitando desde el interior, como un cáncer, la estructura de las democracias constitucionales. El problema no son los populistas, sino lo que los ha generado.

5. “Labour availability is no problem now for capital, and it has not been so for the last twenty-five years. But disempowered labour means low wages, and impoverished workers do not constitute a vibrant market. Persistent wage repression therefore poses the problem of lack of demand for the expanding output of capitalist corporations. One barrier to capital accumulation – the labour question – is overcome at the expense of creating another – lack of a market.” (Harvey, 2010, p. 16).

Puesto que el neoliberalismo vulgariza a toda la sociedad (a partir de sus supuestas élites)⁶, la democracia se descubre amenazada desde su interior. Los medios de comunicación (sobre todo los *mainstream*, o sea, los que pertenecen a determinados propietarios, con sus determinados intereses) se han convertido de indispensable instrumento del debate democrático en uno de sus principales problemas. Esto crea un ambiente de desconfianza difundida, porque la percepción (no infundada) es que la posverdad es, antes que todo, del sistema. En ese derrumbe vertical de la autoridad pueden proliferar intrigantes de toda laya.

A raíz de esto, está claro que sería demasiado fácil ver en el populismo un fenómeno de “retraso”, es decir, una reacción retrógrada a la modernización (como si esta, además, no poseyera también caracteres desviadores –hoy día cada vez más– y las diferencias histórico-culturales no merecieran ser interpretadas en su complejidad, y no en términos de comparación abstracta y linear, como distancia entre “retrasados” y “desarrollados”: la misma interpretación hoy aplicada a las lecturas politológicas *mainstream* del populismo). El “momento populista” no puede reducirse a la forma secular de la política católica frente a la modernidad (como ha afirmado Zanatta, al aplicar un esquema sustancialmente ideológico)⁷. Además de notar que el fenómeno ha superado los confines suramericanos (ya en el siglo XIX encuentra sus matrices democráticas en Estados Unidos y filosófico-literarias en Rusia), la verdad es que el populismo está profundamente enraizado en la sociedad moderna. No es la consecuencia de la lucha entre lo moderno y su residuo arcaico. Más bien el invitado de piedra es, en general, el capitalismo, en particular su actual versión absolutista, cuya relación con la democracia –entendida como promesa moderna de una forma de vida igualmente participada– es cada vez más problemática (y hoy, tras el derrumbe del Welfare y de las políticas keynesianas de pleno empleo, el triángulo democracia-sociedad de mercado-Estado de derecho parece estar destinado a estrellarse en un nuevo “momento Polanyi” (Polanyi, 2001)⁸, si no se corregirá radical y rápidamente la ruta en sentido social, sobre la base de la lección del siglo XX).

El populismo sanciona la crisis de la teoría marxista de la historia y rechaza la ontología social de clase (esto se nota sobre todo en las premisas teóricas de Laclau y

6. Tal y como ocurre a menudo, la literatura capta las consecuencias psicosociales de las estructuras de poder económico: cfr., por ejemplo, Siti (2006; 2008). Sobre las implicaciones culturales de masas del viraje neoliberal, cfr. Fisher (2009), (una obra que capta agudamente un ambiente y una mentalidad difundidos, pero que tal vez se abandona a una visión demasiado apocalíptica, contestando, pero al mismo tiempo remachando la imposibilidad de sustraerse a la sensación de una efectiva y asfixiante “ausencia de alternativas”. No es una casualidad que la obra haya sido publicada antes del estallido de la Gran Crisis, que ha marcado la puesta en tela de juicio del ciclo hegemónico neoliberal y el inicio de una fase de “interregno”).

7. Cfr. sobre este argumento las convincentes consideraciones de Villacañas (2015, pp.31 y ss.)

8. Cfr., para una ulterior actualización de este análisis, Somma (2018).

Mouffe). No existen ley de funcionamiento del desarrollo histórico y clases sociales saturadas porque el social es un infinito dotado de un excedencia indomable (Villacañas, 2015, p. 41 y ss) en el análisis de la sociedad y de sus modalidades de politicización, la única premisa mínima admitible es la energía proyectiva de las preguntas (irreducibles a una), que expresan una negatividad productiva, fuente de constante alimento del conflicto y de institución de lo social (que de por sí no sabe constituirse). Lo “político” populista, que incorpora y remacha, disminuyéndolo, a lo “político” de matriz teológico-política moderna (como condición humana de exposición al riesgo y apertura a la trascendencia), no es una esencia ni una sustancia, sino una actitud basada en la contingencia que, no obstante, no puede sino llenarse de contenidos sociales, incorporándolos en un simulacro de excedente. Así las cosas, en lo “político” populista, tal y como en aquel moderno (pero con menores recursos de sentido e institucionales), se enlazan inmediatez y necesidad, partidismo y universalización.

Ahora bien, si ese antiesencialismo parece desde muchos puntos de vista dar en el blanco, sobre todo respecto de las sociedades complejas, caracterizadas por marcadas dinámicas de diferenciación e individualización, también es verdadero que la clásica cuestión de la extracción de la plusvalía sigue existiendo (desde algunos puntos de vista ha aumentado en los últimos “treinta años sin gloria”). Las razones objetivas de la lucha de clase están ahí, pero la que, a partir del viraje neoliberalista, se ha difundido con mucha obstinación es una “lucha de clase desde arriba” (Gallino, 2012) (tal y como lo han reconocido algunos de sus mismos protagonistas, por ejemplo, Warren Buffet). La paradoja es que es verdad que las solicitudes sociales son múltiples, pero esto no significa que haya extracción de plusvalía y explotación. Y esto se da tanto en las sociedades occidentales, a través del *dumping* y la deflación salarial, de la precarización y la devaluación laboral, del ataque a los derechos sociales y las privatizaciones de los bienes y de los servicios esenciales, como en enteros continentes o áreas geoeconómicas, a partir de sus recursos humanos y naturales (por ejemplo, África está sometida a extracción sistemática). Así que la pluralidad de solicitudes no tramitadas, con perfiles de diferente tipo (no solo económico *prima facie*, sino también identitario o diferencialista), son directa o indirectamente casi siempre remitibles a una contradicción prevaleciente (aquella entre finazcapitalismo y trabajo empobrecido), que a menudo se presenta en formas nuevas (comunidades contra élites desarraigadas, territorios contra tecnocracias desespacializadas, excluidos contra incluidos, penúltimos contra últimos, etc.). Son formas que también pueden ocultar, o incluso mistificar, la contradicción principal (que, además, incide también en las otras, como

la de género (Fraser, 2016) de raza y ecológica) y, por ende, desviar de las verdaderas causas de los conflictos (incluido aquel relativo a la inmigración que tanto una instrumentalización desviante hacia el chivo espiatorio, como una lectura moralizante e irrealísticamente “no border” no cogen en sus causas profundas, enlazadas con los efectos destructivos de la financiarización, con los desastres provocados por el penoso humanitarismo bélico del Occidente y con los chantajes del *Washington consensus*). Pero aquella contradicción fundamental sigue existiendo y actuando; así las cosas, la “clase” como sujeto compacto, homogéneo y supuesto probablemente no se dé (tal vez no haya existido nunca, o siempre haya sido el resultado de una construcción hegemónica), pero los intereses de clase sí existen. En realidad, debajo de la cuestión de la clase, y a menudo por esta cubierta en la dogmática marxista, está aquella del sujeto político (del conflicto). De hecho, son precisamente los autores heréticos del marxismo, como Gramsci (este razona a partir del éxito de la “revolución contra el Capital” leninista), quienes se dan cuenta de la centralidad de la subjetivación política nacionalpopular. Laclau (con todas las debidas diferencias que derivan de un diverso contexto histórico y de un bagaje conceptual que vincula a Gramsci, Lacan y el viraje lingüístico) sigue esta huella. Afirmar hoy día que solo un sujeto político “de clase” puede ser emancipador y que incluso otras subjetivaciones populares, aunque empujadas por más que legítimas reivindicaciones de protección social, serían de por sí peligrosas para la democracia, corre el riesgo de despistar políticamente.

El pueblo no se elige. Su construcción es un desafío para aceptar siempre y necesariamente para cualquiera política seria. Considerar perdidas a amplias clases populares, concebirlas como “otro” pueblo, irremediablemente regresivo, significa renunciar a la lucha por la hegemonía, es decir, a la política. Gramsci y Togliatti, en sus análisis del fascismo, muestran muy bien que, para luchar contra el fascismo, era necesario comprenderlo, distinguiendo claramente entre gerentes fascistas y clases populares (que, por lo demás, al principio en su mayoría eran socialistas e incluso comunistas, además de católicas), que habían apoyado al régimen. Sobre todo, es ilusorio creer que puede existir un pueblo purificado de la sospecha que lo “popular” provoca (también en la izquierda *radical*), bien diferente del pueblo de carne y hueso, que no es ni puro ni exento de opacidad (como todo fenómeno de la condición humana), sino que es el ámbito real de una política concreta (mejor aún si “democrática”). No es cierto que este pueblo puro sea la “clase” (en la medida en que el discurso de clase es negocio que pertenece solo a los intelectuales que se hallan exentos del cuerpo social que evocan, la sustitución del pueblo con la clase es un asunto de segmentos residuales, y no de

acción política de masas). La eventual sustitución del pueblo con la clase siempre es una operación performativa, destinada a fracasar en ausencia de determinadas condiciones mítico-ideológicas capaces de provocar, en un determinado contexto de desafío, un excedente de política revolucionaria (tal y como ocurrió con el bolchevismo leninista): esas condiciones remiten a un marco teológico-político secular, que repite ficticiamente una trascendencia en ausencia de cimientos, es decir, se hace cargo de la desustancialización intentando generar artificialmente una subjetividad “densa”. ¿No hay cupo para una política agonística si la (construcción de la) “clase” no llena al pueblo? ¿No es posible que se abra, en cambio, sobre todo en la actualidad, el espacio para una “construcción del pueblo” que unifique temas e intereses de clase y otros, más o menos directamente vinculados con estos, catalizando la heterogeneidad, pero no casual o ambiguamente, sino más bien en una plataforma polémica hacia el neoliberalismo? Lo importante es que esa construcción no sea meramente retórica e indiferente a los contenidos, porque se necesita de sustancia artificial, de contenido hegemónico, también en un contexto (ampliamente) desustancializado como aquello de la política moderna (por lo que a esto se refiere, Laclau y Mouffe se equivocan cuando consideran como desesencializada solo la política posmoderna siguiente a los movimientos de los años sesenta y setenta: pero está claro que es una disputa interna al posmarxismo). Es verdadero que aquel contenido hegemónico debe ser vehiculado en la política secular por una “trascendencia desde el interior”. Así las cosas, excedente y contenido siguen el mismo camino. Pero cabe destacar que la trascendencia desde el interior –que se alimenta de símbolos encarnados– no puede ser disminuida hasta quedar solo contraseñas lacónicas o personalizaciones plebiscitarias. Al mismo tiempo, la contradicción capital/trabajo como falla social imprescindible si, por un lado, se desconecta de la comprensión de la heterogeneidad social típica de contextos pluralistas y postradicionales y, por otro lado, se separa de las formas “populistas” a través de las cuales se manifiesta hoy lo “político”, al ser sospechosas, corre el riesgo de no representar una clave heurística persuasiva y de quedar políticamente inutilizable.

No existen electores buenos y malos *a priori*; no existen electores ontológicamente de derecha (o de izquierda). Existen grupos orientados ideológicamente (o sobre la memoria umbrátil y ya mediatizada, testimonial, teatralizada moralísticamente, de esas ideologías), pero ya son minorías. El resto (una amplia mayoría) son electores decepcionados y seducidos por discursos que se califican antes que todo como “diferentes” (el hecho de que puedan ser también, o a menudo, de derecha en los objetivos que se proponen es una cuestión diferente que se enlaza con la falta de alternativas creíbles).

Pero el consenso a los populistas no siempre deriva de un monolítico bloque social e ideológico de derecha, ni siquiera es el producto de la mistificación propagandística y de las *fake news* (que, por lo demás, no compiten solo a los populistas), o de internet. La tesis del “populismo digital” me parece muy restrictiva, porque ignora o subestima los efectos concretos de los “treinta años sin gloria” y de la adhesión acrítica a la globalización neoliberalista, en términos de crecimiento exponencial de las desigualdades, ataque a los derechos del trabajo y al Welfare; es verdad que internet no determina solo un cambio de la comunicación, sino también del ambiente social y de las mentalidades, que influye también en la política, pero atañe a toda la política –no solo a aquella populista–; en particular, esa consideración no puede llevar al error exicial de devaluar la importancia de los contenidos sociales y de determinadas elecciones antipopulares. El populismo tiene que ver esencialmente con la nueva cuestión social, es decir, con el hecho de que amplias partes de las clases populares y medias se han sentido abandonadas en sus intereses y necesidades (incluso traicionadas: por ejemplo, en Italia, antes que todo persiguiendo el euro y malvendiendo el patrimonio público del país, y luego aplicando de forma insensata la austeridad recesiva).

Una actitud de desconfianza apriorística hacia las “solicitudes populistas” significa sancionar, también desde el punto de vista teórico, la entrega de amplias clases populares a la derecha que, tal y como siempre ocurre en política, acabaría ocupando totalmente el vacío dejado por la actitud metapolítica de los otros, además de eliminar un dato de realidad decisivo: aquel “pueblo” desacreditado como populista (retrógrado) está compuesto sobre todo por porciones significativas del expueblo de izquierda, decepcionado. No existe un “pueblo” (o una subjetividad política) de por sí civil, y uno definitivamente retrógrado, como si se tratara de “esencias” que se revelan, y no de los efectos de dinámicas sociopolíticas específicas. Solo el relanzamiento de luchas para hegemonizar en clave democrática y progresiva las instancias de protección nacidas de aquellas dinámicas puede permitir dirigir las finalidades sociales que prohíban nuevas “revoluciones pasivas”. Esto implica, antes que todo, reconocer el alcance de esas reivindicaciones, sin estigmatizarlas, y enmarcarlas en una propuesta diferente de aquellas que o no ponen en tela de juicio el cuadro neoliberalista, o proponen instrumentalmente un cortocircuito entre efectos antisociales del globalismo y cierres identitarios, realizando una desviación a contrastar (seria y no retóricamente), pero que no es un destino. Con los pueblos “imaginarios” no se hace política.

En el dispositivo populista está tanto la evocación de un lleno (el pueblo), como el uso del vacío (un significante que puede llenarse y unificar precisamente porque no está

saturado). El lugar de la recogida de las solicitudes está “vacío”. Pero el contenido que poco a poco lo llena es indiferente. Tampoco es casual el hecho de que ciertos contenidos se junten en prevalencia en ciertos significantes y no en otros. El significante está vacío, pero no totalmente: vehicula un contenido importante. En definitiva, es precisamente lo que define las diferentes tipologías de populismo (de izquierda o de derecha), no olvidando –claro está– que cierta dosis de transversalismo se halla implícita en la modalidad populista como tal⁹, y que la unificación a través de un Líder que encarna una contraseña es necesaria para mantener unidas aquellas solicitudes y transformarlas en energía política. Pero el significante sigue siendo el significante de algo y remite a un significado. Está vacío desde un punto de vista funcional, pero no puede serlo desde aquel integral (si esto ocurre puede desembocar en la autorreferencialidad).

Esta copresencia de la lógica de la heterogeneidad y de aquella de la unificación explica por qué la evocada por el populismo es una totalidad necesaria, aunque imposible. Pero esta paradoja no es una patología populista, ni tampoco la expresión de una nostalgia organicista. Por el contrario, se trata del cumplimiento radical de una dinámica constitutiva de la política moderna, en el contexto de los regímenes de masas y de sus reiteradas crisis. Aquel populista es un concepto polémico de pueblo (el ámbito de los excluidos) y, al mismo tiempo, remite al pueblo como fuente de legitimación de la unidad política; o sea, el pueblo es tanto parte como totalidad, tanto escisión como legitimidad hegemónica. Nos hallamos antes una paradoja constitutiva de la modernidad juspolítica *tout court*, si pensamos en que el universal político moderno está determinado y confinado; en que la unidad es unificación, una parcialidad que se generaliza. En este sentido puede decirse que el populismo realiza un estado de cuentas de la conceptualidad moderna, ostentando su persistencia y crisis.

Desde este punto de vista, no sorprende la insistencia, en una teoría “afirmativa” del populismo como la de Laclau y Mouffe sobre la función del líder, que produce la unificación simbólica, cargando el discurso político de una inversión afectiva. También en este caso se asiste a algunos regresos de rasgos constitutivos –y a menudo productivamente paradójicos– de la modernidad juspolítica: la naturaleza representativo-simbólica del orden moderno (el orden es desde abajo, pero la autorización genera representación);

9. Esa transversalidad –tal y como se nota en el caso de los Chalecos Amarillos (verdadera aparición de un cuerpo social profundo y amplio)– es una clave eficaz de movilización contra un sistema que excluye la parte mayoritaria de la sociedad, y por cierto toda la periferia, de la representación. Obviamente, para que desemboque en una plataforma política alternativa, cabe solucionar la cuestión de la “trascendencia interna”, que no es solo la emersión simbólica de un vértice reconocido, sino también un problema de organización. Así las cosas, o el movimiento social crea una relación con un sujeto político, o él mismo se hace sujeto político, superando la horizontalidad.

el hecho de que toma de la palabra y poder coincidan en el mismo discurso de legitimación postradicional. Es necesario que el cuerpo político (colectivo) se enganche a un cuerpo físico, que asegure continuidad e inmediatez, indisponibilidad a las pretensiones de los poderes indirectos y visibilidad. Cuando se pase explícitamente al ámbito de la “representación” (dejando de lado aquel de la legitimidad sacral del principio monárquico, con todas las consecuencias de la construcción racionalista hobbesiana de la soberanía) será evidente no solo que la representación de lo público es bien diferente de aquella de lo privado y guarda un núcleo simbólico fuerte (es la unidad de la soberanía que junta al pueblo, haciendo visible a su cuerpo político), sino también que este núcleo no podrá darse sino en la concreción de un “sujeto” que puede ambicionar a “representar” en la medida en que hace visible a lo invisible, es decir, guarda en sí la energía política y, al mismo tiempo, remite a otro, a una fuente (el pueblo evocado) que lo supera. Así las cosas, el líder expresa un doble excedente: el propio, respecto de la inmanencia social de la multitud, que de por sí no tiene forma; aquel del pueblo como *auctoritas* inagotable (que sustituye a Dios, poder constituyente), que podría incluso cuestionarlo para lograr una nueva “representación”. Encarnación, incorporación, personificación y representación son conceptos enlazados: de ahí el artificio –es decir, la mediación racional– que incorpora un residuo de inmediatez (es necesario que la representación se encarne). Es un punto especulativamente dirimente, captado no solo por la teología política schmittiana, sino también y con anterioridad por la reflexión hegeliana que, en la mediación dialéctica del concepto como subjetividad, había individualizado el papel jugado por la decisión y la inmediatez en la genealogía de la razón (aunque sin reduccionismos nihilistas típicos del pensamiento negativo, sino haciendo trabajar a lo Negativo, incluso contra sí mismo). Así que aquel estado de cuentas populista de la política moderna como artificio desde abajo (que desemboca en la legitimación democrática) es un estado de cuentas teológico-político (no sustancialista ni nostálgico, sino tardo-moderno). Si se mira bien, el mismo populismo se presenta como un capítulo atípico de teología política, obviamente inmanentista.

De ahí que a la evaporación de las pertenencias ideológicas, mientras solo una se afirma como monopolista (en la medida en que se niega objetivándose como imposibilidad de alternativas), no siga la superación del cuadro teológico-político secular heredado por la modernidad, pero su persistencia y reproposición en formas posideológicas al mismo tiempo reactivas y fluidas, que explican un vacío y expresan una necesidad de enraizamiento sustancial, polémicas pero exentas de proyectos acabados. El populismo es una especie de paradójica teología política “posteológica-política”, que se alimenta de

subjetividades puntiformes y de instancias de trascendencia, generadas por el fracaso del autoordenamiento de la inmanencia (no importa si economicista o multitudinaria, por ser en el fondo especulares) y por la deslegitimación de los cuerpos intermedios y de la representación política perseguida por el finanzcapitalismo. Desde este punto de vista, el “momento populista” no impide una nueva política ideológico-hegemónica, pero hace emerger –aunque indirectamente– su exigencia. Y lanza un desafío real, que impone liberarse de las narraciones ventajosas sobre la corregibilidad interna del neoliberalismo y de otras distracciones propagandísticas (como aquella que lee moralísticamente la cuestión ecológica –de por sí muy relevante, claro está– pero a enmarcar en el nudo estructural).

La antropología neoliberal desemboca en una filosofía social atomista y pospolítica, a la que no vale la pena contraponer ilusionísticamente el éxodo de la política (como trascendencia laica). Violencia y anomia, *stasis* identitaria y muros compensativos que vuelven a brotar (obviamente sin poner en orden el paradigma globalista en crisis), lanzan un desafío que exige una nueva respuesta ordenadora. Las tendencias, ya en marcha desde hace tiempo, de la desglobalización, al mismo tiempo representan el fracaso político del globalismo y tentativas de redeterminación territorial, que no definen aún una nueva estructura realizada, sino por cierto fotografían realísticamente la transición hacia un multiverso geopolítico y geoeconómico del mundo posglobal. El populismo es una reivindicación de democracia expropiada que nace sobre los escombros neoliberales. Por esto está necesariamente caracterizado por la ambigüedad: por un lado, expresa subjetividades en el neoliberalismo, sin pertenencias ideológicas ni vínculos sólidos; por otro lado, se contrapone a las consecuencias del neoliberalismo mismo (en términos de desarraigo, inseguridad social, polarización entre alto y bajo, promesas de bienestar fallidas) y busca una nueva sustancia política. El desafío es evitar que esa necesidad de protección y colectividad solidaria no se resuelva en un repliegue antimoderno, tribal, discriminatorio, que niegue el “principio de la subjetividad” como vector de incivilidad y liberación humana posible.

Desde el punto de vista politológico, cabe decir que los liderazgos siempre han sido importantes en la política de masas (la personalización del poder no es un fenómeno reciente, ni exclusivo de la política contemporánea, al neto de la amplificación de la imagen del jefe que los medios tecnológicos hoy día permiten). Y si es verdad que Laclau exagera en identificar hegemonía gramsciana y populismo, y en considerar a Togliatti como líder populista *tout court*, es indudablemente verdadero que rasgos carismáticos e incluso populistas se hallan en los grandes liderazgos comunistas (y no solo: piénsese

en Churchill, De Gaulle o Thatcher) del siglo XX. Tal vez la diferencia se halle en la naturaleza del movimiento populista respecto del partido como “moderno Príncipe”: en el primero, la transmisión del carisma es problemática, así como la sustitución del Líder; en los partidos de masas organizados y con mucho enraizamiento social, al lado de la figura del líder (en todo caso necesario, tal y como ya Weber había puesto de manifiesto en *Parlamento y Gobierno*) está un grupo gerente del cual pueden salir nuevos líderes. Por lo tanto, el líder es importante pero no es todo.

En Europa, fuera del populismo hay despoliticización o, como mucho, un “falso movimiento” basado en un equilibrio provisorio el cual, cuando aguanta (aunque con dificultades cada vez mayores, como en Alemania), lo hace sobre la base de una ventaja competitiva asimétrica, generando rupturas cada vez más profundas con los países periféricos, sobre todo mediterráneos. Eso cosifica y alimenta la frontera que contrapone los populistas a las élites neoliberales. La pretensión de estas últimas de monopolizar respetabilidad ético-política y *Rule of Law* no es suficiente para frenar el estímulo populista, porque este parte de cuestiones sociales reales. Obviamente, el hecho de que este estímulo puede actuar de forma progresiva hay que probarlo, porque frente a la falta de respuestas avanzadas puede desembocar en rabia revanchista, provocando previsibles efectos regresivos. Sin embargo, la alternativa realista a esa nueva “revolución pasiva” no puede sino partir, por un lado, de la puesta en tela de juicio de las ilusiones posoberanas y posestatuales del radicalismo de izquierda y, por otro lado, de la redefinición de una propuesta social y popular que implica la ruptura con la hegemonía neoliberal (a la que se han plenamente incorporado los llamados “reformismos” en las últimas décadas, y siguen haciéndolo sobre todo en Europa). La despoliticización y la resistencia que ha generado no se pueden afrontar con la pospolítica, ni siquiera con una política de baja intensidad, que corre el riesgo de llegar a modestos arreglos, sustancialmente retóricos, útiles a las (residuos) clases medias (más o menos) reflexivas, pero por cierto no a aquellas populares (de las que ya forma parte también una amplia cuota de clase media inferiorizada), que se han divorciado de la izquierda tradicional. Para volver a enlazar la relación con la política, superando la ruptura entre Estados que ya se han entregado a los algoritmos tecnocráticos y los pueblos (que aparecen cada vez más como una amplia área de expulsión abandonada en los territorios), yo creo que el terreno populista, si se declina en clave emancipadora y abierta y no como hostilidad al diferente, es un punto de partida conyuntural necesario. De este se sacan los recursos para una política contrahegemónica de patente matriz social y popular, fundada en la indivisibilidad de los derechos sociales y civiles y en la primacía de la soberanía democrática: la efectividad de ambas

esferas –aquella del estado social de derecho y aquella de la autonomía de la política democrática– necesita de espacios políticos concretos y no imaginarios. Para que esta hipótesis y redeclinación emancipadora de las instancias políticas, capaz de neutralizar sus riesgos, sea creíble y capaz de volver a apoderarse de los contextos deliberativos y de los instrumentos operativos necesarios (políticas del pleno empleo y relanzamiento de las inversiones públicas con finalidades sociales, por ejemplo), cabe romper con el globalismo neoliberal (también con aquel vaga e ilusoriamente progresista) y con el europeísmo retórico. Es decir, es necesario volver a hacer lucha política a partir de los intereses populares, que son (también de clase). El conflicto decisivo, aquel contra el *finanzcapitalismo*, puede emerger en primer plano y no ser desviado de forma instrumental, partiendo antes que todo de un discurso de verdad, sin titubeos, ilusiones irrealistas y mistificaciones retóricas, sobre la globalización, el euro y la Europa ordoliberal.

Traducción del italiano de M. Colucciello

Referencias

- Bagnai, A. (2012). *Il tramonto dell'euro*. Reggio Emilia: Imprimatur.
- Barba, A. & Pivetti, M. (2016). *La scomparsa della sinistra in Europa*. Reggio Emilia: Imprimatur.
- Brancaccio, E. (2017). *Anti-Blanchard*. Milano: Angeli.
- Cesaratto, S. (2016). *Sei lezioni di economia*. Reggio Emilia: Imprimatur.
- Fazi, Th. & Mitchell, W. (2018). *Sovranità o barbarie*. Milano: Meltemi.
- M. Fisher, (2009). *Capitalist Realism: Is There No Alternative?* Ropley: 0 Books
- Formenti, C. (2016). *La variante populista*. Roma: DeriveApprodi
- Fraser, N. (2016). Crisis of Care? On the Social-Reproductive Contradictions of Contemporary Capitalism. *New Left Review*, (100), 99-117.
- Gallino, L. (2012). *La lotta di classe dopo la lotta di classe. Intervista a cura di P. Borgna*. Roma-Bari: Laterza.
- Gallino, L. (2013). *Il colpo di Stato di banche e governi*. Torino: Einaudi.
- Giacchè, V. (2015). *Titanic Europa*. Reggio Emilia: Imprimatur.
- Harvey, D. (2010). *The Enigma of Capital: And the Crises of Capitalism*. New York: Oxford University Press.

- Michéa, J.-C. (2013). *Les mystères de la gauche: de l'idéal des Lumières au triomphe du capitalisme absolu*. Paris: Climats.
- Polanyi, K. (2001). *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Siti, W. (2006). *Troppi paradisi*. Torino: Einaudi.
- Siti, W. (2008). *Il contagio*. Milano: Rizzoli.
- Somma, A. (2018). *Sovranismi*. Roma: DeriveApprodi.
- Stiglitz, J.E. (2016). *The Euro. How a Common Currency Threatens The Future of Europe*. New York & London: W. W. Norton.
- Streeck, W. (2013). *Gekaufte Zeit*. Berlin: Suhrkamp.
- Villacañas Berlanga, J.L. (2015). *Populismo*. Madrid: La Huerta Grande.